

ESTA es una lucha entre el Islam y los infieles", dice Jomeini; parece que los Estados Unidos, "potencia satánica", no subestima en absoluto, el alcance de este carácter de "guerra santa". Una serie de sucesos que recorren el mundo árabe-islámico dan señal de la turbulencia. El todavía misterio de los "disidentes religiosos" que asaltaron La Meca es un indicio de algo: Arabia Saudita, considerada excesivamente como aliado fiel de Estados Unidos, está en una situación incómoda. Las manifestaciones antiamericanas en Pakistán no cesan. Se están produciendo en Bangla Desh, en la India, en las mismas islas Filipinas. Afganistán bordea una guerra civil, donde ya el riesgo es para la Unión Soviética que apoya el Gobierno de Hafizullah Amin; la represión —con bombardeos y artillería gruesa— no acaba con la insurrección. En la Liga Árabe hay una cierta angustia. El problema islámico no es sólo de carácter nacionalista, no es sólo de fondo religioso: es profundamente religioso; es una revolución popular. Chedli Kilbi, secretario general de la Liga Árabe, que se ha reunido en Túnez, explica que "hay que explicar al pueblo que el Islam desapruueba la violencia y la intolerancia". Porque lo que está sucediendo dentro de esta "guerra santa" es una separación de dos versiones de la religión: una sería la que sigue considerando a los grandes como imanes, representantes de Alá, uniendo el poder religioso con el poder civil; otra la que está presentando como protagonista al pueblo de Dios. Apenas habría ya que retener la diferencia clásica entre las formas de esta religión, la de los sunnistas y la de los chiitas: las diferencias se borran en favor del "jomeinismo". El fenómeno recuerda otro, pero va tomando más entidad que aquél: el nasserismo. Nasser trataba de resumir en sí mismo unas condiciones de liberador y restaurador del mundo árabe, con un relativo distanciamiento de la religión —relativo nada más: hacía sus peregrinaciones a La Meca y mantenía las prescripciones del Corán—, se enfrentaba con una fuerza paralela a los judíos, a los comunistas, buscaba un socialismo moderado y era un político de la antigua casta árabe: es decir, capaz de retrocesos y avances, poco preocupado por contradicciones o por cambios de postura, buscando sobre todo la eficacia. La irradiación de Nasser sobre el mundo árabe fue enorme: su litografía aparecía en las últimas casas de las últimas



Una serie de sucesos que recorren el mundo árabe dan señal de la turbulencia: musulmanes en La Meca.

La "guerra santa"

EDUARDO HARO TECLEN

aldeas de cualquier país, junto a las radios —la "revolución del transistor"— que llevaban la voz de El Cairo.

Nasser representaba la independencia. Parecía el principio de algo. Algo que se ha ido deteriorando. Una vez más nos encontramos con la escasez de comprensión por parte de las grandes potencias —y es difícil no referirse en primer lugar a Estados Unidos, aunque en aquel momento todavía Gran Bretaña conservaba una influencia y una capacidad de presión— para percibir todo el fondo de una ola y estimar solamente la superficie. El nasserismo, el panarabismo, fue concienzudamente hundido, aun a pesar de su carácter anticomunista. El mundo árabe fue mantenido en la división, se sostuvieron los regímenes feudales, se alentaron los expansionis-

mos de Israel, se provocaron golpes de Estado, contrarregímenes; se intentó el destrozo de los palestinos. Lo que aparece ahora con el nombre de Jomeini es el resultado de todo aquello. Es el resultado de una desesperación y de una larga serie de humillaciones y miserias.

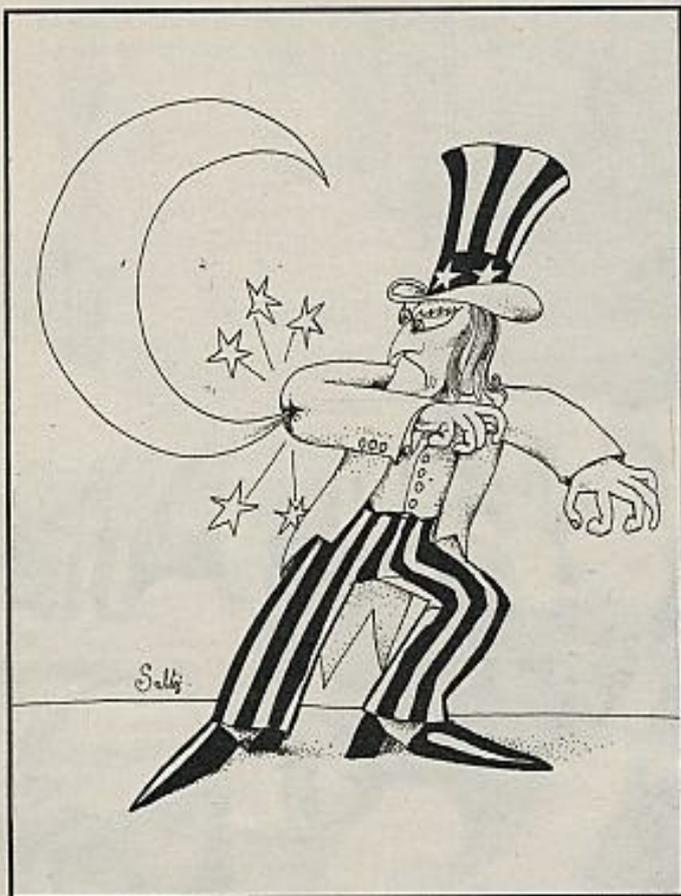
No parece que el fenómeno se comprenda tampoco esta vez. Es cierto que ahora tiene ya pocas posibilidades de arreglo por vías moderadas; pero tampoco parece que se emprendan. Se sigue persistiendo en la idea de que es "un irracional chauvinismo islámico" (Tel Aviv), o en la peligrosísima imagen de que Jomeini es un loco y un fanático. Probablemente lo es, y un intransigente, y un dictador tiránico, pero eso apenas pasa del carácter de juicios de valor personal y no llega al fondo de la cuestión: Jomeini

representa, cada día, una inmensa masa de seres humanos. Los que cercan la Embajada de Estados Unidos en Teherán son una pequeña muestra. Siempre en busca del juicio de valor, se les puede aplicar fácilmente el nombre de turba, y nadie se abstiene de hacerlo. Es la misma palabra que se aplicaba a los revolucionarios franceses de 1789, sobre los cuales se basa hoy toda la construcción política europea y americana. O a los asaltantes del Palacio de Invierno, cuya acción ha modificado absolutamente todo el mundo contemporáneo.

Trato de decir con esto que no solamente el asunto de los rehenes de la Embajada de Estados Unidos no es más que una misma de una cuestión infinitamente más profunda, sino que también Jomeini puede ser un personaje tan fugaz como Robespierre o ▶

La batalla del petróleo

JOSETTE ALIA



LA "GUERRA SANTA"

Morata, o como el cura Papon de la Rusia de 1905, pero que lo que hay detrás es algo enormemente más largo y más profundo. Y que la capacidad de esta ola para modificar el mundo en que nos encontramos es probablemente superior a la de la Revolución francesa o a la de la Revolución rusa, en sus momentos respectivos. Es decir, que toda una construcción de las sociedades occidentales, y probablemente también de las comunistas, depende de una alteración importante de la enorme zona afroasiática. Hay una conciencia clara de lo que está suponiendo ya para todo Occidente el enrarecimiento de la energía, de todos los cambios sociales y políticos que se están produciendo, de la arriesgadísima situación de la economía general. Esto no es más que un principio, si lo que llamamos jomeinismo —y Jomeini, repítamolo, no es más que una anécdota histórica— sigue adelante.

No es extraño que ante este inmenso riesgo los computadores del Pentágono den resultados de posibilidad de guerra, y las reuniones de Camp David, donde puede que Brzezinski pese más aún que los computadores, vayan hacia ese mismo punto.

Probablemente si la guerra no existe ya no es tanto por el miedo a una posible reacción de la Unión Soviética, que hará todo lo posible por apagar un incendio que la puede contagiar, sino por miedo a las consecuencias directas de una intervención militar en el Irán. Sería, sin duda, la peor de las varias catástrofes posibles. Corea y el Vietnam no serían quizá más que pálidas aventuras antiguas al lado de lo que podría suceder.

El problema esencial está en que los datos de los computadores terminan por indicar que el final del imperio americano podría producirse por esta guerra dólares-petróleo que se ha entablado, y que las soluciones negociadas o que implicasen un principio de pérdida de valores y de prestigio fueran abandonadas. La recomendación que podría salir de algunos de estos computadores es la del principio de la desescalada. Que no puede detenerse en el simple arreglo de la cuestión Sha-rehenes, sino que tendría que seguir un camino audaz hasta iniciar, por lo menos, los primeros pasos hacia una forma de mayor justicia en la distribución de los bienes de esta tierra. ■ E. H. T.

A la izquierda, Carter, mecha al viento, mirada firme y moral de acero. A la derecha, Jomeini, turbante negro, cejas fieras, impenetrable e inflexible, sentado sobre su alfombra. ¿Quién ganará? El mundo cuenta los golpes intercambiados y espera. No sin inquietud. Pues más allá del duelo americano-irani, y sea cual fuere su final, una cosa es cierta: la guerra del petróleo, la auténtica, ha comenzado.

La primera salva se produjo el 11 de noviembre. Ese día, Carter tomaría una curiosa decisión. ¿Que el Irán amenaza con cortar

el suministro de petróleo a los Estados Unidos? Muy bien, los Estados Unidos se adelantan al anunciar que no comprarán más petróleo al Irán. Se entiende mal cómo Carter decide no comprar más petróleo para no verse privado del mismo. Además, tanto la amenaza como la respuesta son falsos pretextos: Norteamérica puede fácilmente prescindir de los 35 millones anuales de toneladas (el 5 por 100 de su consumo anual), que es lo que compra en el Irán. Se los buscará en otra parte, aunque tenga que pagarlos un poco más caros... Por su parte, a Irán no le preocupa lo



Mujeres iraníes con el tradicional chador se manifiestan ante la Embajada norteamericana en Teherán.